

IV

Las zonas topográficas y etnológicas.

Si se quisiese tener, sobre una extension de territorio relativamente muy reducida , una idea completa de la prodigiosa variedad de climas , producciones, medios de alimentacion , grupos sociales y costumbres, á que dan lugar las inflexiones infinitamente variadas de la topografía granadina, bastaría echar una rápida ojeada sobre el conjunto de fenómenos que se relacionan con el curso del rio *Bogotá* y la catarata de *Tequendama*, que es una de las más grandiosas maravillas naturales del continente colombiano. Allí, el teatro de observacion es completo : el *Tequendama* es al mismo tiempo un sublime espectáculo digno de ocupar al mejor pincel de artista y de la admiracion del poeta y el viajero, y un campo de profunda observacion é investigacion para el naturalista, el etnólogo, el geógrafo y aun el crítico y el hombre de estado.

El rio *Funza*, que despues de la catarata lleva el nombre de *Bogotá*, tiene su fuente principal al norte de la pequeña ciudad de *Zipaquirá*, en las montañas que me-

dian entre las villas industriales de Chocontá y Ubaté. De allí, todavía riachuelo de poca consideración, el Funza (llamado en su parte superior *rio Tocancipá*) se dirige al sur, riega la mayor parte de la espléndida altiplanicie de Bogotá, pasando por el centro de ella á la altura de 2,600 metros sobre el nivel del mar, y teniendo, por término medio, 3 metros de profundidad y 60 de anchura; y despues de fertilizar ricas praderas, sobre las cuales derrama sus aguas turbias y dormidas, en vastas lagunas navegables por pequeños botes, forma un codo fuertemente acentuado, en las cercanias de *Soacha*, á unos 18 kilómetros al sur de la ciudad de Bogotá. Es allí, entre las colinas de la márgen oriental y el cerro de *Canoas*, que tienen su salida las aguas de toda la altiplanicie, recogidas por el rio Funza, que en otro tiempo estuvieron como estancadas en un magnífico lago de mas de 2,500 kilómetros cuadrados de superficie.

La tradicion indígena, dándole á un fenómeno natural las condiciones prodigiosas de la mitología, le atribuía al dios *Bochica*, el dios benigno y protector, la obra generosa de la disecación del lago. *Nenqueteva*, divinidad gigantesca, fué encargado de abrirles paso á las aguas, á fin de procurarles á los Muisca un terreno fértil para sus cultivos y librarles del peligro de perecer ahogados. *Nenqueteva* golpeó fuertemente sobre las montañas con la punta de su mágico baston, rompió los cerros que circundaban la alti-planicie, y les abrió paso á las aguas del lago. De ahí el origen mitológico del rio Bogotá y de la catarata de Tequendama.

En el punto donde se pronuncia la abertura de la montaña, el suelo se muestra destrozado, compuesto de poderosas rocas calizas principalmente, cuyas estratificaciones y formas revelan perfectamente, por su armonía entre las márgenes opuestas, la primitiva unidad de la formación geológica que se desplomó y despedazó, en

virtud de alguna gran conmocion volcánica, de la fuerza de las aguas y de la gravitacion del suelo conmovido. El rio, que llega manso y silencioso al sitio donde comienza la rotura de las montañas, cambia repentinamente de aspecto y movimiento, convirtiéndose en un enorme torrente que se desboca, anunciando la espantosa dislocacion de sus ondas y la majestad de sus abismos. A 500 metros del primer raudal, el rio se recoge en una pequeña cuenca, como si quisiese reunir todas sus fuerzas ántes de comenzar la formidable lucha á que lo provocan los laberintos de rocas que le han de servir de lecho. Despues, la pequeña cuenca se estrecha en una especie de pasadizo de 10 ó 12 metros de anchura, y el rio, como dominado por un vértigo de cólera, se lanza por allí á saltar de peñasco en peñasco, en un trayecto de mas de 4 kilómetros, por encima de una espantosa sucesion de concavidades y revueltas asperezas.....

En todo ese trayecto el Bogotá no es un rio, sino una borrasca líquida, un torbellino de ondas que se atropellan con furor y sin tregua, dislocándose en innumerables remolinos y produciendo una serie de centenares de cascadas, estruendosas y de las mas variadas formas. Donde quiera el formidable torrente se hunde en las profundidades, reaparece sobre los peñascos, salta, chispea, produce relámpagos de espumas brillantes, se azota, se revuelca enfurecido, se despedaza en mil torrentes parciales, muerde con violencia los flancos de la montaña que lo aprisiona de un lado y de las colinas dislocadas que lo oprimen del otro, y va salpicando con sus plumajes líquidos los bellos cortinajes que forman en las dos orillas los helechos arborescentes, los arbustos de variados matices y los grupos de robles y otros árboles corpulentos.

Al cabo, las ondas se recogen de nuevo en un remanso, en el fondo de la abra profunda que forman dos montañas de bancos de caliza y carboníferos, cubiertos de opu-

lenta vegetacion. Allí ha llegado el momento solemne : las aguas amontonan su volúmen profundo y poderoso en un lecho de estupendas rocas, y de repente, sin transicion ninguna, se precipitan, formando un solo chorro, al fondo del admirable abismo de Tequendama.... El estruendo de la catarata domina con infinita majestad la soledad de la inmensa selva; y la mole del rio, precipitándose de una altura de 2,200 metros sobre el nivel del mar á una profundidad inferior en mas de 145 metros, embarga los sentidos y llena el alma del que la contempla, de un sentimiento en que á la adoracion religiosa y el arrobamiento poético se mezcla la vaga adivinacion de los misterios que la ciencia sabe arrancarle á la naturaleza.....

Del fondo del abismo el Bogotá reproduce, acaso con mas grandiosidad, el espectáculo inmediatamente superior á la catarata, continuando su curso atormentado en un trayecto de cerca de 40 kilómetros; de manera que el furor de las aguas no es interrumpido sino por la asombrosa majestad de la caída. Despues de haber recorrido una inmensa cadena de cascadas, producidas por el enjambre de peñascos de un suelo sumamente trastornado y desigual, el rio comienza á perder la espantosa rapidez de su carrera, hácia la confluencia del *Apulo*; habiendo ya surcado una hermosa comarca sembrada de pequeñas montañas, vallecitos y quebradas de las faldas occidentales de la Cordillera. En fin, arriba de la pequeña ciudad de *Tocaima*, la marcha se suaviza todavia mas, y el rio, atravesando un pais llano ó ligeramente accidentado, cubierto de vastas florestas, en su mayor extension, y que hace parte del valle del alto Magdalena, va á llevarle sus aguas á este rio, á cerca de 90 kilómetros de Bogotá y á una altura de cerca de 600 metros sobre el nivel del mar.

Y bien : colocándose con la imaginacion sobre los for-

midables peñascos verticales de la catarata de Tequendama, se la podría considerar como una escala climatológica y etnográfica, — como una especie de *etnómetro*, por decirlo así, que da en cierto modo la medida de la vegetación, de las razas y de sus usos y costumbres, en su relación con la topografía. O bien, es el mismo río de Bogotá el que, en un trayecto de cerca de 80 kilómetros (que se podría reducir mucho para establecer la comparación) ofrece casi todos los grados de temperatura ó de condiciones vitales para la población.

En efecto, á poca distancia de la catarata se ve, por ejemplo, el *páramo de Pasquilla*, contrafuerte de la serranía de *Sumapaz*, que se avanza hácia el norte de la alti-planicie de Bogotá, con la altura media de 3,000 metros y una temperatura ordinaria de 2 grados sobre cero. En aquellos parajes desolados, batidos por los huracanes, falta todo cultivo, toda vegetación artificial; allí no se encuentran sino helechos, líquenes, achicorias enanas, gramíneas diminutas, y esa planta de formas extrañas y color gris, triste pero útil, llamada *frailejon*, que produce trementina.

En el lugar donde el Bogotá sale de la alti-planicie (á unos 2,570 met. de altura y la temperatura media de 10 grados) se ven magníficas praderas, el sauce gigantesco, el alizo, el nogal, el cerezo, el manzano, el durazno, vastas plantaciones de trigo, cebada, *papas ó turnas* (que en España llaman *patatas*), en una palabra, todos los árboles frutales, los cereales, las flores y legumbres y los pastos aromáticos de las tierras frías. Sin embargo, la gran vegetación falta generalmente, sea por la naturaleza del suelo, sea porque no pueda resistir al soplo de los vientos del este, frecuentemente helados y violentos.

En la cima de los peñascos de la catarata (bajo la temperatura de 16 grados) se ven las florestas de robles y árboles de quina, los gigantesco helechos arborescentes,

— donde quiera la mas hermosa vegetacion que se puede encontrar en las altas regiones de los Andes.

A dos kilómetros abajo de la catarata (20 grados de temperatura y unos 1,800 metros de elevacion) comienza la region propiamente templada, que desciende hácia el valle en una sucesion de contrafuertes entrecortados y faldas ondulosas. En esta zona desaparece casi toda la vegetacion de la alti-planicie. Allí, á medida que se desciende se encuentran sucesivamente : primero la succulenta *arracacha* (1), cereales de toda especie y muchas plantas leguminosas de la alti-planicie, aunque un poco degeneradas; en seguida el árbol de café, la caña dulce, la *patata*, el plátano de Guinea (llamado *guineo*), árboles muy considerables, grandes *guaduas* ó bambus, etc.; y mas abajo, en la proximidad del valle, el maiz blanco, la platanera indígena y la yuca. En todas partes una vegetacion intermediaria y mixta, por su fuerza, duracion y calidad, que es como el lazo de union entre la fria alti-planicie y el ardiente valle.

Todavía mas abajo, hácia la aldea de *Anapoima* (25 grados de calor y unos 1,200 de altura media) comienza á determinarse la zona ardiente. Despues las montañas desaparecen completamente, el valle se desarrolla con toda su exuberancia de vegetacion y vida animal, y se extiende hácia las riberas del Magdalena, cuya temperatura es de 30 á 32 grados por término medio. En el espacio intermediario entre la márgen del rio y el pié de las faldas de la serranía, se contempla un mar de florestas vírgenes, importantes plantaciones y prados artificiales de altas gramineas enteramente tropicales. Es en esa region que

(1) Tubérculo en forma de cepa múltiple, que parece como un intermediario entre el nabo grueso y la zanahoria comun. Su fécula es muy abundante y delicada, y el tubérculo es de consumo popular en las tierras frias y templadas.

florece el tabaco, el algodón silvestre, la gran platanera, el árbol de cacao, el mejor maíz, el arroz, la caña dulce de enormes dimensiones, la vainilla, la piña y los más hermosos naranjos y limoneros. Es también en esa zona que se hallan esas florestas interminables formadas por enjambres de árboles colosales y muy útiles, tales como la *ceiba*, el *higueron*, el *caracolí*, el *guayacan*, el *comulá*, el *diomate*, el caucho, el cedro-caoba y los gigantescos bambus, casi todos entrelazados por lianas formidables que forman pabellones inmensos, bajo los cuales vagan las bestias feroces, los puercos salvajes, las serpientes, los mosquitos, insectos y pájaros de toda especie que no existen sobre las alti-planicies.

Por último, si se desciende el Magdalena hasta la ciudad de Honda, se encuentra, en la plenitud de la región ardiente, una temperatura que sube hasta 35 ó 36 grados, á 283 metros sobre el nivel del mar, — temperatura que alcanza el maximum de 40 grados en la aldea de Nare (á 130 kilómetros abajo de Honda) que pertenece al valle del Magdalena central.

Así, pues, un francés encontraría simultáneamente, en la región granadina de que vamos hablando, las cuatro temperaturas que podría soportar en Francia desde el mes de febrero hasta el de julio, superpuestas del modo siguiente: la del frío riguroso de febrero, en los páramos helados de altura superior á la de Bogotá (3,500 ó más metros de elevación); la del fin de marzo, en la alti-planicie del Funza (á 2,600 met. de alt.); la del mes de mayo, en las faldas de la serranía occidental (á 1,500 met. de alt. media); y la del mes de julio, en el fondo del valle, á la altura de 300 á 800 metros.

Las poblaciones que se encuentran bajo la influencia de esos diferentes grados de temperatura permanente tienen donde quiera su tipo particular, y forman variedades muy notables, apesar de la continuidad de las

zonas y de la fusion operada por el tiempo y las instituciones. Así, por ejemplo, sobre la alti-planicie de Bogotá la *chicha* es la bebida popular (1); el trigo, las legumbres, las papas y la carne son los principales elementos de la alimentacion; las gentes se visten con telas de lana, de tintas generalmente oscuras y aun sōmbrias, de fabricacion indigena en gran parte. Sobre las faldas occidentales de la Cordillera, se bebe *guarapo* (2); la *arracacha* reemplaza á las papas, como el maiz se sustituye al trigo; los vestidos, hechos con indianas ó telas de algodón, de dibujo alegre y contextura algo ligera, tienen mucho de pintorescos. En fin, en el fondo del valle, el arroz y el maiz, el plátano y la yuca, el cacao y el pescado de rio, forman con la carne en abundancia la base de la alimentacion; los géneros de lino, de cáñamo y de algodón (de importacion extranjera), de colores vivos y muy visibles generalmente, son los de consumo popular; y la bebida comun es el aguardiente ó ron de caña con infusion de anis.

Por lo que hace á los rasgos típicos de las poblaciones, se las puede distinguir del modo siguiente :

La masa de la poblacion andina (puramente indigena) es notable por su carácter paciente y laborioso, su *sentimiento religioso* llevado hasta la idolatría y la supersticion mas grosera, su carencia de todo instinto verdaderamente artístico, su amor á la vida sedentaria, á la inmovilidad y la rutina, su humildad llena de timidez, su malicia disimulada, que tempera un poco la estupidez

(1) Licor muy vigoroso y nutritivo, pero acre y embrutecedor, de origen indigena, compuesto de una mezcla de harina de maiz amarillo, agua y melaza fermentadas.

(2) Licor que se fabrica simplemente con la fermentacion del jugo crudo de la caña dulce, ó de agua endulzada con melaza. Se hace tambien con el jugo de la piña, del *noli*, etc.

relativa del *Muisca*, — cierta impasibilidad que le hace indiferente á todas las emociones fuertes, una gran curiosidad respecto de las cosas puramente materiales ó exteriores, el espíritu de hospitalidad muy poco desarrollado, y una incapacidad patente para obedecer á las impulsiones del progreso. Todos los indios de la alti-planicie de Bogotá y de las faldas de la cordillera que la dominan del lado oriental, son de muy pequeña talla; tienen el color de la piel atezado, el ojo frio y apagado, la frente estrecha, deprimida y estúpida, la cara redonda, desprovista de barba y sin expresion ni carácter, los cabellos ásperos, abundantes, muy negros y lisos, la voz gutural, profunda y como sacudida, la marcha lenta y pesada, pero muy sostenida, el cuerpo grueso y trapudo, los miembros redondeados y de fuerte musculacion, y las espaldas frecuentemente muy anchas.

El indio de las alti-planicies carece de entusiasmo y pasion, pero ama el matrimonio y es fiel al hogar doméstico y á su mujer. Además, ama el terruño hasta el servilismo, y la *chicha* hasta el exceso que le conduce frecuentemente á la embriaguez. Adora las procesiones y las mojigangas, y manifiesta mucha credulidad por todo lo maravilloso. Débil para la lucha cuerpo á cuerpo, porque su fuerza no reside sino en la nuca, las espaldas y las piernas, y sin ningun arranque en los combates, tiene sinembargo una resistencia asombrosa para soportar pesos enormes, y muestra siempre el valor estúpido de la obediencia pasiva. No sabe correr á pié ni á caballo, pero camina durante algunos dias sin experimentar ni un momento de fatiga, con tal que se le dé *chicha*, y viaja por horribles caminos y senderos cargado con alguna caja de estupendo volúmen y del peso de 150 ó mas kilogramos, sosteniéndose con un largo baston, encorvado por el fardo pero jamas agobiado ni desfalleciente. Tan mal cazador como luchador, porque carece de iniciativa,

atrevimiento y agilidad, es sinembargo un excelente soldado de infantería de línea, que avanza rara vez, no retrocede nunca, y sabe siempre morir en su puesto, al cual parece clavado en la victoria como en la derrota. El Muisca no encanece jamas; así, es muy difícil distinguir en su raza, á primera vista, al jóven del hombre avanzado en edad, si no es por las arrugas de la cara y la voz mas cascada del segundo.

Para el indio de las campañas andinas la sociedad es un lazo peligroso, el maestro de escuela un mito incomprendible, el alcalde un personaje inútil, el cura de la parroquia un semi-dios, y el recaudador de contribuciones poco ménos que la peste ó el rayo. Para él tambien la vida se concentra en la choza rudimentaria y la pequeña labranza; y su gran día de fiesta ó regocijo es aquel en que va al mercado de la plaza pública, principalmente de Bogotá, á vender sus legumbres, sus frutas, sus gallinas y huevos, encerrados en jaulas de caña, cargadas sobre la espalda y pendientes de la frente. El indio Muisca no es ni pendenciero ni comunicativo, ni vengativo ni obsequioso. Egoísta, tímido y desconfiado como es, evita todo compromiso escrito, se oculta en los días de ejercicio de la guardia nacional, de reclutamiento, de elecciones ó de investigaciones relativas al censo de poblacion ó á los catastros fiscales, y hace todo lo posible por sustraerse al pago de los impuestos. En resúmen, el descendiente de los Muisca es un sér pasivo, especie de sordomudo ante la civilizacion europea, incapaz de mal como de bien, gracias á la triste condicion en que ha vivido desde la época de la conquista y á la poca elasticidad de sus facultades intelectuales y morales.

En esa parte de la poblacion indígena el individuo masculino es siempre feo y de fisonomía tosca y abyecta; pero no es raro encontrar en el otro sexo muy graciosas y aun bonitas jóvenes, de rosadas y redondas mejillas,

amables y de talla bien conformada. Lo que les quita toda gracia es el horrible vestido que usan, compuesto de un sombrero de paja muy ordinaria, alta-copa y alas caídas, una mantilla redonda de tela negra y burda de lana, con enaguas análogas y sumamente estrechas, y una pobre camisa de *lienzo* nacional. En algunos distritos, algo distantes de Bogotá, las indias suelen usar todavía, en lugar de enaguas, un abominable *vestido* llamado *chircate* (tenido por oprobioso en el país) que se reduce á un gran trapo de lana, de color sombrío, atado á la cintura con una faja y rodeando todo el cuerpo; lo que le da á la india que lo lleva el aspecto de una momia ambulante.

Es muy digno de notar que, entre los indios Muisca, y aun todos los de raza Chibcha pura, mientras que el hombre es generalmente frío, receloso é hipócrita, la mujer se manifiesta, al contrario, frecuentemente candorosa, dulce, muy abnegada, accesible al trato benévolo, amorosa, buena madre y agradecida. Por lo demás, la mujer no tiene menos resistencia que el hombre, relativamente, para viajar, cargando pesados fardos. Otro rasgo que es común á los dos sexos es el espíritu interesado, que pudiera definirse: el amor *al dinero por el dinero*. Les gusta mucho regatear por todo hasta la suprema impertinencia, y siempre miran con desconfianza toda moneda antes de guardarla. Es justo reconocer que casi todos sus defectos son mas bien la consecuencia de las viciosas instituciones anteriores, y de la explotación, mas ó menos artificiosa ó violenta, á que han sido sometidos esos pobres indígenas, por los curas y los grandes propietarios ú hombres influyentes de las pequeñas localidades. Débense tambien esos defectos á la falta absoluta de instrucción elemental en muchos distritos rurales; y es de notar que las cualidades del indio Chibcha son rasgos particulares de su raza.